

CATEGORÍA B. Hasta 16 años.

Edad: 9 años

LA EXCURSIÓN AL CASTILLO EMBRUJADO

Había una vez un colegio llamado Juan Carlos I, que estaba en el pueblo de Seseña.

Un día los niños de cuarto y quinto se fueron de excursión al castillo de "Puñoenrostro", un castillo deshabitado que estaba a las afueras del pueblo. Cuando llegaron y entraron no había nadie y todo estaba oscuro, pero los profesores tranquilizaron a los alumnos.

-Tranquilos, chicos. Esta excursión será como una aventura- les dijeron.

Después, los profesores mandaron a los alumnos que se separaran en grupos para explorar el castillo ellos solos, pero que no podían salir sin permiso de allí, y no podían ir a las salas de la parte derecha del castillo, porque estaba prohibido.

Entonces, tres alumnas de cuarto A llamadas Lara, Leire y Carlota, que eran muy amigas, decidieron ir juntas con Antonio de cuarto B, ya que solo se podían juntar grupos de 4 niños, y también era muy amigo de las tres chicas.

Lara era alta con el pelo castaño y tenía los ojos marrones oscuros. Era muy valiente y le encantaba la aventura. Leire, tenía el pelo muy largo y castaño claro, sus ojos también eran castaños y era bajita y delgada. Era muy inteligente y la que mejores notas sacaba de toda la clase.

Carlota, sin embargo, tenía el pelo muy rizado, era alta y más fuerte que las otras, y era muy graciosa y divertida. Antonio era muy simpático y noble. Tenía el pelo largo y un flequillo que le tapaba sus grandes ojos.

- ¡Nos lo vamos a pasar muy bien!- dijo Lara.

- Por supuesto, va a ser una gran aventura- respondió Leire.

- ¿Qué os parece si echamos un vistazo a la zona prohibida? – preguntó Antonio a las chicas mientras sonreía maliciosamente.

Lara y Leire se miraron y dijeron que sí. Carlota no lo tenía tan claro, pero era ir con ellos, o quedarse sola, así que, respiró hondo, asintió y los cuatro amigos fueron corriendo hacia unas escaleras muy estrechas y oscuras para subir al piso de arriba. Los escalones eran tan altos, que Leire casi se cae rodando.

Muy emocionados entraron en la primera habitación que encontraron. Empujaron la puerta entreabierta, vieron que había grandes estanterías llenas de libros de todos los tamaños. De repente oyeron ruidos extraños, y entonces un montón de libros de varios colores empezó a flotar hasta formar un tornado.

- ¿Qué pasa? -gritó Carlota asustada abrazándose a Leire.

Rápidamente salieron corriendo de la habitación y cerraron la puerta de golpe. Aturdidos y mareados, siguieron avanzando por el oscuro pasillo.

Vieron otra puerta y entraron en otra habitación. Allí encontraron una cama enorme con un dosel de terciopelo rojo, un armario abierto, un tocador con el espejo roto y una gran ventana con las cortinas rotas.

- ¡Debe de ser la habitación de la Reina! – exclamó Lara

Entonces entraron en la habitación, asombrados por la preciosa colcha de flores moradas que cubría la gran cama.

Antonio acarició la colcha, y de repente se oyó un rugido y unos tentáculos aparecieron debajo de la cama. Los niños sobresaltados se alejaron de la cama y salieron gritando de la habitación.

- Uf!, que poco ha faltado-dijo Antonio.

- Debemos tener más cuidado, chicos-advirtió Carlota.

Siguieron andando por el pasillo agarrados de la mano, y de pronto llegaron a una sala de paredes doradas con dos puertas gigantes. Entonces decidieron entrar en la de la derecha, y se sorprendieron muchísimo ya que solamente era una habitación oscura con una ventana entreabierta y con un espejo puesto contra la pared. Leire corrió a mirarse al espejo.

- Aaaaaaaah! - gritó Leire

- ¿Por qué gritas? - preguntó Antonio

- Míralo tú mismo - respondió Leire horrorizada.

Antonio se miró en el espejo muy despacito y se sobresaltó al ver a un anciano con su misma cara. Lara y Carlota también se miraron y vieron a unas señoras mayores con su mismo rostro. Se pusieron las manos en la cara y comenzaron a gritar horrorizadas.

- Parece ser que este espejo muestra el futuro-dijo Carlota.

- Espero no ser tan fea como me ha representado el espejo - comentó Leire asustada.

- Pues yo no voy a estar tan mal de mayor-dijo Antonio riéndose.

Sus amigas también rieron y salieron de la habitación.

Volvieron al cuarto dorado y entraron esta vez en la puerta de la izquierda. Allí se encontraron las paredes llenas de cabezas de animales. Había una cabeza de un león, de una cebra y de varios ciervos y venados. La ventana estaba rota y a un lado había unos grandes cañones cubiertos de polvo y un armario lleno de escopetas y rifles enormes.

- Este debe de ser el cuarto donde el Rey guardaba sus armas de caza-explicó Antonio.

De repente, los animales empezaron a moverse y gruñir. El gran león rugió y parecía que se los quisiera comer.

- ¡Están vivos! - gritó Lara.

Entonces los niños salieron corriendo hacia la puerta y los animales dejaron de gruñir.

- ¡Suerte que estaban en la pared! - exclamó Leire.

Después de recuperarse de la impresión, se dirigieron por otro pasillo oscuro, con muchos cuadros de retratos colgados en las paredes. Los chicos se miraron, tenían que pasar por ahí si querían avanzar. En fila fueron hacia adelante y Lara miró un cuadro de un retrato de una dama. Pensó que la estaba mirando fijamente y sintió un escalofrío. Respiró hondo y siguió caminando mirando al suelo.

Por fin salieron a una sala grande con mucha luz. Aquel cuarto era una cocina con polvo por todos lados y un horno abierto. Tenía sartenes, vasos, copas platos hondos y llanos, cazos y muchos cacharros más. Tenía una estantería llena de moldes de pasteles de muchas formas.

- ¿Os imagináis la cantidad de banquetes que se habrán cocinado aquí? - dijo Antonio que era muy comilón.

- ¡Parece todo bastante normal! -exclamó Lara quitándose el sudor de la frente.

- ¡Pues te aseguro que no lo es! -dijo una voz extraña.

Los niños se dieron la vuelta y asustados, contemplaron como aquella voz venía de una olla.

- ¿Y vosotros, por qué me miráis así? - preguntó la olla enfadada

- Po, po, por nada - tartamudeo Antonio.

- ¿Qué pasa? Las ollas también podemos hablar ¿no? - dijo la voz.

- Bueno... digamos que no todas - dijo Lara saliendo de su asombro.

- Oh!, dejad que me presente. Soy Juana, la olla encantada-dijo ésta.

- Hola Juana, yo soy Lara. Y estos son mis amigos Leire, Carlota y Antonio
- explicó amablemente Lara.
- Vamos niños no me tengáis miedo, que soy inofensiva - dijo Juana entre risas
- De acuerdo... -dijo Carlota no muy convencida.
- Verás Juana, debemos irnos ya, tenemos que seguir explorando este castillo - dijo Antonio rápidamente.
- ¿Podías decirnos si nos esperan más sorpresas? - preguntó Leire.
- Sí, por favor, empezamos a estar asustados y cansados, - dijo Carlota casi llorando.
- Lo siento, niños, eso no puedo decirlo, - contestó Juana
- ¿Por qué? - gritaron los cuatro amigos a la vez.
- Os habéis metido sin permiso en las habitaciones prohibidas, no habéis hecho caso a vuestros profesores, así que, tendréis que seguir solitos hasta el final.
- No os puedo ayudar - les explicó la olla.

Los chicos salieron abatidos de la cocina.

- Creo que esta vez nos hemos pasado un poco – dijo Leire casi llorando.

Siguieron andando por otro de los incontables pasillos del castillo hasta la siguiente puerta. La abrieron y se dieron cuenta de que era un gran salón de baile con una enorme lámpara de cristal colgando del techo que parecía que se iba a caer de un momento a otro. Las paredes tenían grietas y algunas sillas apoyadas. Carlota se sentó en una, cansada. De repente, se oyó la música de unos violines, los niños se dieron la vuelta para ver quien tocaba, pero... los violines estaban tocando solos!

Se quedaron escuchando la triste melodía, hipnotizados por la música, asustados pero alucinando con lo bien que tocaban esos violines.

- ¡Esto es cada vez más raro! - exclamó Carlota.

- Yo ya no puedo más - dijo Leire llorando.

Lara y Antonio les cogieron de las manos y siguieron caminando, resignados, a la siguiente habitación. La habitación resultó que era un baño, con una gran bañera blanca y un lavabo pequeño. Había una estantería llena de botes de perfumes y muchas pastillas de jabón. El váter era un banco de madera con un agujero en medio. Antonio no pudo resistirse y se sentó riendo.

- ¡Estoy en el trono!- dijo riéndose-

Las chicas también rieron, su amigo siempre les hacía reír, aunque no tenían muchas ganas. Las paredes de la habitación eran blancas con preciosos azulejos turquesas. De pronto, la bañera empezó a llenarse de agua en poco tiempo, hasta salirse y mojar el suelo. Los muchachos enseguida se dieron cuenta de que la habitación se iba a inundar, a sí que salieron de allí y cerraron

la puerta. El agua comenzó a salir por debajo de la puerta y los chicos se fueron corriendo.

- ¡Uf! - exclamó aliviado Antonio.

Corriendo, deseando que fuera la salida, siguieron por otro pasillo. Cada vez que daban un paso el suelo chirriaba. Vieron una gran entrada, sin puerta, solo con cortinajes. Ninguno se atrevía a pasar, así que Lara, temblando, apartó una pesada cortina y entraron. En la siguiente habitación se quedaron maravillados, ¡era la sala del trono! Había unos tronos enormes, una ventana muy grande con una vidriera de colores preciosos y con una inmensa cortina de terciopelo rojo, una mesa enorme para los invitados, una plataforma donde había un atril y varios instrumentos de música. En la pared de detrás de los tronos había una bandera de España vieja y deshilachada.

- ¡Es enorme! - gritó Lara girando sobre sí misma.

En uno de sus giros vió que alguien se movía en la sala... ¡eran fantasmas sentados en los tronos!

¡No se lo podían creer!, eran fantasmas blancos, como en los cuentos de miedo de niños, con huecos oscuros por ojos.

- ¡Ahhhhh! - gritaron los niños, y salieron horrorizados corriendo del salón, cerrando la puerta de golpe.

- ¡Esto es cada vez más horrible! - exclamó Leire.

- ¡Tenemos que salir de aquí! - gritó Carlota.

-¿Y si nos damos la vuelta? - preguntó Leire.

- ¡No, no podemos ir hacia atrás!, ¿Queréis volver a pasar por esas espantosas habitaciones? – preguntó Lara gritando.

- Bueno, en realidad tienes razón... - susurró Antonio, que aún no se había recuperado del susto.

Los cuatro amigos se abrazaron, y al final decidieron seguir el recorrido, con la esperanza de que les quedaran pocas habitaciones por ver.

En la puerta del siguiente cuarto había un cartel que ponía SALA DE LOS ESCUDOS. Antonio tragó saliva y abrió la puerta que chirrió como un grillo. Los niños entraron y encontraron una mesa larguísima con unas enormes sillas de alto respaldo. Las paredes estaban llenas de cientos de escudos, con cientos de símbolos. Al final de la mesa se veía una puerta, y al lado una enorme armadura con el metal tan brillante que relucía. Era rarísimo que brillara tanto.

- ¿Tenemos que pasar por ahí?- preguntó Carlota temblando.- No tenemos otro remedio si queremos salir de este maldito castillo- le contestó Leire.

De repente, la armadura se movió, hizo un gesto con la cabeza y empezó a correr detrás de los muchachos.

- ¡NOOOOO! - gritaban los niños corriendo por otro interminable pasillo.

De pronto, los niños oyeron una voz fina que gritaba algo que no entendieron, y la armadura se paró en seco y dejó de seguirles.

Respiraron tranquilos y siguieron caminando deseosos de encontrar la salida. El pasillo seguía muy oscuro pero los chicos empezaron a relajarse y ya no les daba ningún miedo andar por allí. El miedo había dejado de existir para ellos, y las ganas que tenían de salir, se habían convertido en valentía.

De pronto, se encontraron otra puerta. Casi riendo la abrieron y vieron que había un armario lleno de pequeños vestidos de todos los colores, con muchos tipos de adornos y bordados, también había una mesilla con una lámpara y algunos libros, además tenía una gran cómoda, con cajones abiertos y algunas prendas colgando y un espejo que estaba roto. Los niños estaban deseando averiguar qué estaba encantado allí, así que tocaron todas las cosas y miraron dentro de todos los cajones, pero no encontraron nada mágico ni raro. Se quedaron mirando a su alrededor y de repente una pequeña hadita rubia con ojos azules, vestida con un vestido de hojas rosadas, entró por la puerta y pegó un bote al ver a los muchachos. Los niños, sorprendidos se miraron desconcertados.

Lara, sin salir de su asombro preguntó: - ¿Quién eres tú?

- La pregunta es: ¿Quiénes sois vosotros? - replicó el hada

Entonces, Antonio dijo: - Yo soy Antonio, estas son mis amigas Lara, Leire y Carlota -.

- Yo soy Flor, el hada de la purpurina - se presentó el hada.

- Y... ¿Tú vives aquí? - preguntó Leire.

- Sí... - respondió Flor avergonzada.

- ¿Y, por qué no vives en un sitio más apropiado para hadas, un bosque ó un lago? - preguntó Carlota desconcertada.

- Veréis - comenzó a contar. - La bruja Luna destrozó la aldea de las hadas y este es el único sitio que encontré para vivir. Y cuando llegasteis, pensé que queráis robar la magia de estas habitaciones.-explicó Flor.

- Espera, ¿la bruja Luna? , ¿Existen las brujas? - preguntó Lara.

- Sí, por supuesto, si existimos las hadas las brujas también existen - dijo Flor.

- Tranquila, no vamos a robar nada - se rió Antonio.

- Lo sé, pero no podréis salir de este castillo nunca más - dijo Flor.

- ¿Por qué? - preguntó Carlota nerviosa.

- Porque habéis desobedecido a vuestros profesores, habéis entrado en las habitaciones prohibidas y habéis visto demasiadas cosas - respondió Flor haciendo una mueca.

- No es verdad - dijo llorando Carlota.

- Si, si es verdad - contestó Flor. – Si el resto de los humanos se entera de lo que hay en este castillo, vendrán en bandadas, a destruirlo, a poner taquillas, e incluso a hacer un parque de atracciones. Lo siento pero no saldréis nunca de aquí y formaréis parte de este mundo encantado.

- Nooooo- gritó Lara.- No se lo diremos a nadie.

Sus amigos asintieron, sollozando, pero el hada Flor salió del cuarto y cerró la puerta dando un portazo. Antonio fue a abrir la puerta.

- ¡No se abre! - gritó Antonio.

- ¡Oh no! ¿Qué vamos a hacer ahora? - preguntó Leire llorando.

- ¡Vamos a tirarla abajo! - exclamó Lara de pronto sorbiéndose los mocos.

Entonces cogió carrerilla, empujó la puerta y consiguió abrirla.

- ¡Bien! - se alegró Carlota.

Los niños salieron pitando de la habitación, dispuestos a abandonar el castillo.

- ¡NO! - gritó el hada, que empezó a volar detrás de ellos.

Entonces, Antonio tuvo una idea, y comenzó a correr hacia atrás por dónde habían venido. Las chicas desconcertadas, le siguieron. Cuando pasaron por el baño, abrió la puerta rápidamente y siguió corriendo. Un montón de agua cubrió a Flor y le mojó las alas, por lo tanto no podía volar. Pero, aún así, corría muy rápido.

- ¡Nos va a pillar! - gritó Leire.

- ¡Venid, tengo un plan! - exclamó Lara.

Pasaron corriendo todas las habitaciones, salas y salones, y cuando llegaron a la habitación de la Reina, Lara abrió la ventana y les dijo:

- Chicos, cogemos el colchón y lo tiramos por la ventana.

Lo acababan de tirar con gran esfuerzo, cuando el hada gritando, entró en la habitación. Estaba muy furiosa, porque no podía volar.

- ¡Os pillé! - exclamó Flor.

Entonces los niños se agarraron de la mano y respiraron hondo.

- ¡AHORA! - gritó Lara.

De pronto, los muchachos saltaron por la ventana y cayeron en el colchón que habían tirado antes de que Flor los pudiera encontrar.

Los chicos cayeron mal en el colchón, pero era tan grueso que no se hicieron daño.

- ¡Por fin somos libres! - gritaron llorando y abrazándose.

Después de levantarse de aquel mullido colchón, comenzaron a correr hacia el pueblo. Ya era de noche y no había nadie por los alrededores.

- ¿No os parece raro que no nos hayan buscado los profes ni nuestros compañeros? – preguntó Lara extrañada.

- Es verdad, se han ido tan campantes a sus casas - dijo enfadada Carlota.

- No volveré a acercarme a ese castillo nunca más! - exclamó Leire.

- ¡Sí, y yo no volveré a saltarme las normas! - dijo Antonio.

Los muchachos se rieron un buen rato, y de pronto se oyeron voces.

- ¡Lara!, ¡Lara! - gritaba alguien.- ¡Lara!, ¡Lara!

De repente, Lara abrió los ojos y contempló la cara de su madre.

-Lara, Lara, ¿has tenido una pesadilla?- preguntó su madre preocupada. – No dejabas de gritar.

Lara sorprendida vio que se encontraba en pijama y estaba tumbada en su cama. Rápidamente se levantó, se miró en el espejo sudando, y respiró tranquila... ¡Había sido una pesadilla! Una pesadilla que al final fue una estupenda aventura.

Empezó a reír, y su madre, moviendo la cabeza, salió de la habitación riendo también.

El lunes, en cuanto llegó al cole, se lo contó a sus “compañeros de pesadilla”, Leire, Carlota y Antonio.

- Fue muy raro, pero lástima que fuera un sueño - dijo Lara.

Entonces los niños se estuvieron riendo un buen rato con la sorprendente historia.

- ¿Qué os parece si después de clase nos vamos andando hasta el castillo? - les preguntó pícaro Antonio.

Las chicas se echaron a reír y quedaron después de clase para hacer una excursión al castillo de “Puñoenrostro”.

FIN